

Trayectorias laborales, trabajo estacional e identidades: las mucamas de hotel de Mar del Plata (1960-1980).

Garazi y Débora.

Cita:

Garazi y Débora (2014). *Trayectorias laborales, trabajo estacional e identidades: las mucamas de hotel de Mar del Plata (1960-1980)*. VIII Jornadas de Sociología de la UNLP. Departamento de Sociología de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, La Plata.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-099/358>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eCvm/swS>

Trayectorias laborales, trabajo estacional e identidades: las mucamas de hotel de Mar del Plata (1960-1980)

Nombre y Apellido: Débora Garazi

Pertenencia institucional: Universidad Nacional de Mar del Plata- CONICET

Correo electrónico: deboragarazi@gmail.com

Introducción

Los vínculos existentes entre el trabajo y la construcción de identidades (individuales y colectivas) ha sido un tema ampliamente estudiado por las Ciencias Sociales en general. La Historia, por su parte, no ha permanecido al margen de este tipo de preocupaciones. Sin embargo, estos estudios basaron, durante mucho tiempo, sus análisis y construcciones teóricas sobre el modelo de trabajador (de las fábricas) masculino, presentado como universal. De este modo, el tipo de identidad que aparecía en esos casos estaba construido en torno a un modelo androcéntrico en el que el trabajo (empleo) ocupaba el lugar central (Dauphin y Gardney, 2005).

Hacia la década del setenta, en un contexto de importantes transformaciones en la disciplina histórica comenzó a discutirse esa historia pensada en masculino. En dichos años, en el marco de los estudios sobre mujeres y trabajo, las investigaciones se centraron en las obreras para compensar el olvido que habían sufrido anteriormente. Estos estudios evidenciaron que la participación femenina en el mercado de trabajo no era igual a la de los varones ya que estaba marcada por diversos aspectos sociales y culturales. El papel asignado dentro de la familia y del mundo doméstico, así como las características propias del mercado de trabajo, fueron factores que incidieron en la forma en que las mujeres participaron él. Sin embargo, la incorporación de las mujeres y de las diferencias de género a los estudios sobre el trabajo no sólo significó la incorporación de un nuevo sujeto social sino que implicó la renovación de los enfoques, de las problemáticas y de los conceptos utilizados (Laufer, Marry y Maruani, 2005).

Específicamente, en esta ponencia nos proponemos analizar por un lado las trayectorias laborales de mujeres que se han desempeñado como mucamas de hotel en la ciudad de Mar del Plata y la influencia que tuvo el trabajo estacional en su vida cotidiana y en sus estrategias de conciliación del trabajo remunerado con el trabajo doméstico. Por otro lado, pero

profundamente articulado con lo anterior, partiendo de la premisa de que el trabajo es un importante factor en torno al cual se construyen parcialmente las identidades, examinamos cómo incidió la estacionalidad laboral y la condición femenina en la construcción de las identidades de las trabajadoras. Como se tratará de mostrar, ambos procesos están estrechamente relacionados y, la ponencia intentará articular tres conceptos que consideramos inescindibles: trabajo, género e identidad.

Tradicionalmente, el mundo del trabajo fue afectado por el discurso de la domesticidad o doctrina de las esferas separadas, creador de concepciones de feminidad (mujer-maternidad-mundo privado) y masculinidad (varón-trabajo-mundo público) (Scott, 2000). Frente a ello, los estudios de género nos proveen de las herramientas necesarias para cuestionar la naturalización de las identidades femeninas y masculinas, favoreciendo la reconstrucción de los contextos sociohistóricos en que tales identidades se desarrollaron y la superación del enfoque que asigna un espacio determinado a cada uno de los géneros (Zylberberg-Hocquard, 1997; Queirolo, 2004).

La riqueza y utilidad del concepto *género* radica en su referencia a los aspectos relacionales de las definiciones de feminidad y masculinidad. Dicha noción, surgida a fines del siglo XX, es producto de la insistencia de las feministas en la insuficiencia de los cuerpos teóricos existentes para explicar la persistente desigualdad entre hombres y mujeres. En ese sentido, la definición que presenta Joan Scott (1999) nos resulta útil a los fines de esta investigación. El género es definido como un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias entre los sexos, siendo, al mismo tiempo, una forma primaria de relaciones significantes de poder.¹ Partiendo de dicha conceptualización, entendemos que las relaciones de trabajo se articulan en torno a desigualdades de género, al mismo tiempo que reproducen y generan nuevas formas de desigualdad, las cuales tienen una importante incidencia en las experiencias de las trabajadoras.

La investigación tiene como escenario de análisis a la ciudad de Mar del Plata ya que sus especificidades son relevantes para el estudio de este tema. El impulso de Mar del Plata como ciudad turística de masas a mediados del siglo XX fue acompañado por un importante incremento del número de hoteles. La hotelería supuso una atractiva y amplia oferta de trabajo

¹La definición del concepto *género* y la articulación entre sexo y género han suscitado importantes debates, sobre todo al interior del campo de estudios feministas. Estos no serán abordados en esta ponencia. Para un mayor detalle sobre esta cuestión ver: Teresita de Barbieri, “Sobre la categoría género. Una introducción teórico-metodológica”, en *Revista Interamericana de Sociología*, Vol. 6, 1992; Marta Lamas, “Cuerpo: diferencia sexual y género”, en *Debate feminista*, 1994.

para una cantidad de mujeres que encontraron allí una forma de acceso al mercado laboral aunque, en su gran mayoría, de modo temporal.² Los importantes vínculos existentes entre las características de las labores desarrolladas por las mujeres en el ámbito doméstico y las actividades desempeñadas como mucamas fueron un factor que contribuyó a reforzar la división sexual del trabajo.

La ponencia está basada en el análisis de 10 historias de vida de mujeres que se han desempeñado en algún momento de su vida como mucamas de hotel.³ Las entrevistadas se encuentran en una franja etaria de 58 a 75 años, comenzaron a trabajar entre mediados de la década del sesenta y mediados del setenta, todas conformaron una familia y tuvieron hijos durante su período en actividad. Estas experiencias se enmarcan dentro un proceso más amplio de transformaciones que afectaron la participación de las mujeres en el mercado de trabajo. En Argentina, a fines de la década del cuarenta se registró el índice histórico más bajo de participación femenina en el mercado de trabajo. Esta tendencia comenzó a revertirse a partir de las décadas siguientes (Recchini de Lattes y Wainerman, 1977; Torrado, 2003), siendo la incorporación de las mujeres en el sector terciario, más específicamente en los servicios, lo que incidió en un aumento considerable en sus tasas de empleo, llegando a constituir, según el censo de 1960, el 52% de los empleados del sector. Al mismo tiempo, en este período, las mujeres casadas empezaron a reinsertarse en el mercado después de tener hijos, en un contexto de cambios en las representaciones sobre el trabajo femenino (Wainerman, 2005; Lobato, 2007). Además, en la ciudad de Mar de Plata específicamente, el auge del turismo de masas (en especial en las décadas de 1960 y 1970) multiplicó la cantidad de hoteles y pensiones, generando un aumento en la demanda de mano de obra (masculina y femenina) para el sector (Pastoriza, 2008).

2 Para 1969, había en Mar del Plata 10.888 plazas hoteleras de entre 1ª y 5ª categoría, 1043 plazas en hoteles residenciales y 477 plazas en pensiones (Pastoriza, 2008). A pesar de los cambios que afectaron al turismo, hasta la década del ochenta éste constituyó una importante fuente de ingresos económicos para la ciudad. Según los datos revelados por el Anuario Estadístico del Partido de General Pueyrredón, en el año 1974 el aporte al Producto Bruto Interno (PBI) del sector económico comprendido por hoteles, restaurantes y comercios -servicios en su mayoría derivados del turismo- era del 26,8%, superando a todas las demás actividades económicas, y los puestos de trabajo ocupados en establecimientos hoteleros y gastronómicos ascendían a 10.000.

3 Las historias de vida fueron construidas en el marco de entrevistas de carácter abierto, las cuales han tenido duraciones que varían desde los 50 minutos hasta las 2 horas y media. Todas las entrevistas han sido realizadas en la ciudad de Mar del Plata a mujeres que actualmente viven allí. Por cuestiones de preservación de la identidad hemos cambiado sus nombres. Cabe aclarar a que la mayoría de ellas han sido recogidas a través de un sistema digital de grabación, excepto aquellas (3) que manifestaron no desear ser grabadas, de las cuales se tomaron notas.

En nuestro estudio observamos cómo se manifiestan en la práctica y, en un caso concreto, los presupuestos culturales acerca de la división social del trabajo entre mujeres y varones. Como mencionamos anteriormente, las ideas dominantes sostenían que éstos trabajaban a tiempo completo, de manera ininterrumpida y en ocupaciones formales, mientras que aquellas trabajaban a tiempo parcial, de manera intermitente y en ocupaciones más difíciles de distinguir de tareas reproductivas y domésticas. En relación a ello, nos proponemos responder, entre otros, los siguientes interrogantes: ¿Cómo influía la estacionalidad del trabajo en la organización de la vida de las mucamas? ¿Cómo conciliaban el trabajo con la vida doméstica y familiar? ¿Cómo eran las trayectorias laborales de estas mujeres? ¿Cómo se identificaban a sí mismas?

I. Las trayectorias de vida

A pesar de las diferencias en las trayectorias de vida individuales de nuestras entrevistadas, encontramos en ellas algunos rasgos que nos permiten analizarlas en conjunto. A nivel general, podemos destacar que, durante el período en que trabajaron en dicho empleo (entre los años sesenta y ochenta), todas las entrevistadas estaban casadas, excepto Mirta que enviudó muy joven. Entre las profesiones de sus maridos encontramos una amplia diversidad: un empleado de una rectificadora, un carnicero, un obrero de la construcción, un taxista, un carpintero, un pequeño comerciante, un mecánico (dueño de su taller en el que hacía arreglos de chapa y pintura), entre otras. Asimismo, todas tuvieron hijos (entre uno y cinco).

Sin embargo, su participación en el mercado de trabajo no fue homogénea. Elsa y Susana, comenzaron a trabajar aún antes de conformar una pareja y, luego del nacimiento de sus hijas, se alejaron del mercado de trabajo por unos años. Bety, Adelia, Teresa y Consuelo comenzaron a trabajar fuera de sus casas cuando sus hijos ya eran mayores de siete u ocho años aproximadamente, optando por emplearse como mucamas sólo durante la temporada algunos años y, cuando sus hijos crecieron, todo el año. Lucy, con un bebé de 8 meses y dos hijos unos años más grandes, comenzó a trabajar en un hotel, pero sólo durante la temporada. Mirta, Nelly y Carmen por su parte, recuerdan haber trabajado siempre todo el año, independientemente de su situación familiar. Un aspecto en común a todas las entrevistadas es que ninguna se alejó del mercado de trabajo indefinidamente. Todas trabajaron hasta jubilarse a una edad superior a los sesenta años e, incluso, algunas continúan haciéndolo.

En relación al lugar de origen de las entrevistadas, una vez más, encontramos diversas situaciones: Nelly y Elsa eran oriundas de otras provincias del país (Santiago del Estero y La

Pampa, respectivamente) quienes decidieron, junto a sus maridos, venir a radicarse a la ciudad de Mar del Plata en busca de oportunidades laborales. Mirta, proveniente de la Provincia de Santiago del Estero, viajaba a la ciudad desde los 19 años para trabajar durante los meses de verano, retornando a su ciudad de origen (Termas de Río Hondo), para ocuparse en el mismo empleo durante el invierno. Se radicó definitivamente en Mar del Plata cuando le ofrecieron un empleo permanente. Adelia, Bety, Consuelo, Carmen y Lucy, vivieron siempre en la ciudad de Mar del Plata. Teresa, nacida en la localidad de 25 de Mayo (Provincia de Buenos Aires), llegó a la ciudad de Mar del Plata de pequeña junto a sus padres. Susana, procedente de la ciudad de Necochea, vino a trabajar con la idea de quedarse sólo un tiempo y, finalmente, se radicó aquí.

El nivel educativo y las trayectorias laborales de las entrevistadas presentan ciertos puntos en común y ciertos puntos divergentes. Elsa, Bety, Carmen, Mirta, Teresa, Consuelo y Nelly completaron hasta sexto grado de la escuela primaria. Al momento de desempeñarse como mucama, Lucy contaba con estudios primarios y tercer año de la secundaria aprobado, la cual finalizó como adulta. Adelia y Susana, en cambio, habían completado sus estudios secundarios y Susana, además, había realizado un curso de cosmetología. En relación a sus trayectorias laborales todas, excepto Adelia y Bety, trabajaron en el servicio doméstico en casas particulares en algún momento de sus vidas, ya sea antes, durante o después de su trabajo en el hotel. Elsa, además, trabajó como mucama en una conocida clínica privada de la ciudad. Consuelo, Mirta y Teresa hacían algunos trabajos en su domicilio, la primera realizando tareas de bordado y costura y las otras de cocina. Bety daba clases de costura en una parroquia. Antes de su empleo en el hotel, Lucy se desempeñó como remalladora tanto a domicilio como en fábricas y, luego, como empleada de limpieza y repositora en un supermercado de la ciudad. Posteriormente fue empleada del Sindicato de Empleados de Comercio. Nelly trabajó en las plantas de fileteado de pescado en la zona del puerto de la ciudad, principalmente en las temporadas de anchoítas, y como empleada en restaurantes. Susana, fue vendedora de ropa y, desde hace cinco años, se desempeña como profesora del curso de mucamas dictado por el sindicato. La única que trabajó sólo en hoteles fue Adelia.

II. Trayectorias laborales, trabajo estacional y trabajo doméstico

Durante las décadas analizadas, los lazos existentes entre el trabajo doméstico no remunerado y el trabajo de las mucamas de hotel fueron los que permitieron que dicho empleo temporario fuera una de las alternativas para la inserción laboral de estas mujeres. Si sus

maridos participaban en el mercado laboral de forma ininterrumpida y a tiempo completo, en el período en que sus hijos eran pequeños, la mayoría de las entrevistadas optaban por trabajar sólo durante las temporadas como parte de lo que podemos denominar *estrategia* de vida (Garazi, 2013, 2014).

El uso del concepto *estrategia* debe ser precedido por ciertas aclaraciones. La introducción de este concepto en las Ciencias Sociales se dio, en primer lugar, en estudios que, cuestionando el determinismo de las posturas estructural-funcionalistas, pretendían dar cuenta de la capacidad de acción de los hombres y mujeres en los procesos históricos. Sin embargo, los desacuerdos y ambigüedades de su definición hicieron que el uso del concepto conllevara ciertas dificultades. En este trabajo sostenemos la idea de que si bien las estructuras económicas y sociales están muy presentes en la vida cotidiana de los sujetos históricos, estos actores también tienen la posibilidad de elegir entre distintas opciones. Por lo tanto, no entendemos a las estrategias como actos puramente racionales en los que los actores analizan de forma acabada todos los costos y beneficios que le puede significar su elección, pero sí consideramos que dentro del abanico de posibilidades que su realidad y sus capitales (económicos, sociales, culturales, educacionales, etc.) habilitaban, estas mujeres optaron por aquellas que le resultaban más beneficiosas, de acuerdo a sus necesidades y posibilidades. En ese sentido, nos resulta útil la interpretación de la noción de estrategia que nos brinda Pierre Bourdieu al analizar las estrategias de reproducción:

*“Hablar de estrategias de reproducción no es imputar al cálculo racional, o incluso a la intención estratégica, las prácticas con que se afirma la tendencia de los dominantes a preservar su ser. Es sólo recordar que muchas de las prácticas fenomenalmente diferentes se organizan de modo objetivo, sin haber estado explícitamente concebidas ni planteadas con referencia a ese fin; así, llegan a contribuir con la reproducción del capital poseído. Esto se debe a que tiene por principio el habitus, que tiende a reproducir las condiciones de su propia producción al producir las estrategias objetivamente coherentes y sistemáticas características de un modo de reproducción. [...]...las prácticas de un mismo agente o, en términos más amplios, de todos los agentes dotados de habitus semejantes, deben la afinidad de estilo que torna cada una de ellas una metáfora de las demás, a que son producto de la implementación (en campos diferentes) de los mismos esquemas de percepción, de pensamiento y de acción”.*⁴

Algunas elecciones pueden ser interpretadas por los investigadores e investigadoras como parte de una estrategia. No debe perderse de vista el contexto social y cultural imperante que, a pesar de ciertos matices, sostenía la existencia de diferencias biológicas esenciales entre mujeres y varones que se traducían en diferentes roles asignados a cada uno.

4 Pierre Bourdieu, *La nobleza de estado. Educación de elite y espíritu de cuerpo*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2013. Pág. 379.

En este sentido, la actividad laboral, que para el varón era un derecho y una obligación, para las mujeres era una eventualidad indeseable que debía evitarse, salvo en casos de ‘necesidad’.⁵ Estas ideas seguramente ejercieron una influencia social difícil de desafiar porque formaban parte del clima ideológico subyacente en la sociedad (Wainerman, 2005).

El empleo en trabajos estacionales puede interpretarse como una de dichas estrategias. Si atendemos al relato de Elsa observamos que en su discurso priman dos cuestiones a la hora de optar por un determinado empleo: sus escasos estudios y la necesidad de cumplir con sus tareas como madre:

“Entrevistadora:-...usted cuando llegó a Mar del Plata ¿empezó directamente a trabajar en hoteles?

Elsa:- No, yo trabajé en esos años...unos años trabajé en la Clínica 25 de Mayo de mucama.

E:- Ah... también siempre como mucama.

Elsa:- Como mucama sí, sí, sí...Sí, porque yo no tenía estudios, no tenía nada...

[...]

E:- Claro... y trabajó como mucama en la clínica y también en casas particulares...

Elsa:- En casas particulares...

[...]

Elsa:- Y la casa particular tenía uno o dos... no... varios años hasta que después tuve las chicas y ya yo no trabajaba, ya no trabajaba...

E:-Claro...Usted cuando... después de casarse sí trabajo, pero cuando tuvo hijos ¿ya no?

Elsa:- Claro, yo pasé varios años hasta que no... Que no... nos arreglábamos... cuando tuve a las dos nenas más grandes, ellas...este... no no trabajé. Pero después cuando ya tuve a la más chiquita, que habían pasado varios años, sí ya empecé a trabajar [...] Igual cuando yo trabajaba en el hotel no trabajaba más que la temporada. Trabajaba diciembre...mitad de diciembre...enero y febrero o trabajaba mitad de diciembre hasta mitad de marzo, cuando empezaba la escuela. Así que tanto no trabajaba, yo trabajaba nada más que...

E:- En el verano...

Elsa:- Para poder estar en mi casa porque...

E:- Claro ¿y durante el invierno no hacía otro trabajo?

Elsa:- No, no, no. Estaba en casa todo el día con las chicas.”⁶

Similar es el caso de Adelia, quien sostuvo que una mujer sólo con estudios secundarios “¿qué podía hacer?”. Ella se describe como “de la época de antes, en que una se casaba, tenía hijos y se quedaba en la casa”. Su incorporación al mercado de trabajo se debió a una excepcionalidad, a una situación de fuerza mayor: la quiebra de la empresa de su marido. La necesidad económica fue la que la empujó a buscar un trabajo remunerado. Gracias a un

⁵ Mirta Lobato ha mostrado que gran parte del siglo XX ha estado influenciado por las *ideas de la domesticidad*, que definían lo femenino por la maternidad y consagraban a las mujeres a los quehaceres de la casa. Si las mujeres ejercían tareas asalariadas, ello se debía a una situación excepcional atribuida a la *necesidad económica* que se originaba en los ingresos insuficientes, la muerte o el abandono del proveedor (Lobato, 2007; Nari, 2004)

⁶ Entrevista a Elsa, noviembre de 2012.

familiar que conocía al dueño del hotel, Adelia consiguió que la contratasen.⁷

La explicación en torno al por qué decidieron insertarse en el mercado de trabajo responde al clima de ideas imperante en gran parte del siglo XX: por necesidad económica (Lobato, 2007). Sin embargo, la “necesidad” no era la misma para todas y, en muchos casos, la apelación a ella puede entenderse como una justificación para legitimar su presencia en el mercado laboral, en el que quizás también estaban por otros motivos. La idea de “necesidad” no respondía siempre a los mismos criterios sino que variaba de acuerdo a la posición social, económica y cultural de las trabajadoras y de sus familias. En algunos casos la “necesidad” estaba vinculada con necesidades básicas de manutención de la vivienda, alimentación o vestido de la familia. En otros casos, la “necesidad” pasaba por el pago de la cuota del colegio privado de los hijos. Es decir, la percepción de la “necesidad” de cada una de las mucamas, estaba vinculada al sostenimiento de determinados niveles de consumo a los que el grupo familiar estaba acostumbrado y que, por diversas razones, con los ingresos económicos del varón ya no podían ser satisfechos.

En sólo un caso el factor económico no es el que primó en la explicación respecto a la inserción en el mercado de trabajo. Tras el fallecimiento de su madre, Bety sufrió una importante depresión de la cual sólo creyó lograr salir consiguiendo un empleo, una actividad que la mantuviera ocupada, más allá de su hogar.

Sabemos que dentro de las familias eran las mujeres, en la mayoría de los casos, quienes se empleaban sólo unos meses. Ello ha sido explicado a partir de la división sexual del trabajo existente en la sociedad y en el seno de las familias, y a partir de la influencia de los presupuestos culturales acerca de la división social del trabajo entre varones y mujeres (Barrère-Maurisson, 1999). En un estudio sobre el trabajo de las mujeres en el siglo XX, Marysa Navarro y Catalina Wainerman (1979) han sostenido que debido a la división del trabajo dominante en la sociedad aquellas mujeres que entraban al mercado de trabajo tenían que asumir un segundo rol (el de trabajadoras) que debían articular con aquel atribuido por

⁷Dicha situación es recurrente en las experiencias analizadas: al empleo se accedía principalmente por algún familiar o conocido que realizaba el contacto con el establecimiento. Consuelo comenzó a trabajar porque su vecina era mucama en un hotel y le ofreció trabajo; a Nelly la recomendaron sus compañeros del restaurant de la Rambla, que en verano trabajaban en un hotel céntrico de la ciudad; Susana ingresó al Hotel Provincial gracias a su tío que se desempeñaba allí como mozo; Lucy, porque su padre era ex empleado del sindicato de Luz y Fuerza, dueño del hotel en el que ella trabajó; Bety, gracias a su cuñado que hacía trabajos de carpintería en el hotel. En la mayoría de los casos, observamos la importancia que adquirían las redes familiares o de conocidos a la hora de conseguir el trabajo. La posibilidad de poder contar con referencias de la futura empleada y la confianza que ello generaba en los empleadores era un factor de gran importancia.

mandato social desde el nacimiento (esposa, madre), lo cual se puso de manifiesto en el relato de Elsa.

Otra de las motivaciones que manifiestan las entrevistadas para optar por el trabajo como mucama en la temporada estival es de tipo económico. Cuando se pregunta a Elsa sobre la organización del tiempo en las distintas etapas del año, la entrevistada refiere -sin que se lo preguntemos- a las ganancias económicas que obtenía trabajando sólo unos meses...

“Entrevistadora:-¿Usted trabajaba en la temporada y en el invierno se quedaba con las chicas que iban al colegio...?”

Elsa:-En esos años la temporada rendía...

E:-Claro...

Elsa:-Con las mucamas que hables, mucamas grandes te va a pasar lo mismo...

E:- Sí, incluso la temporada era mucho más larga que hoy en día... hoy se corta bastante antes...

Elsa:- Y se ganaba bien...”.⁸

Como puede verse en el fragmento de la entrevista, uno de los elementos que menciona Elsa es que “*en esos años la temporada rendía...*”. Un aspecto que destacan las entrevistadas cuyo marido también trabajaba es que los ingresos ganados durante la temporada, alcanzaban para vivir todo el año. En ese sentido, encontramos que los relatos se encuentran altamente permeados por la idea de que el trabajo femenino era un “complemento” del realizado por los hombres. Como señala Mirta Lobato, refiriéndose a principios y mediados del siglo XX, “la noción de *complementariedad* fue clave en las explicaciones de la época, convirtiendo de ese modo al trabajo femenino en secundario y subordinado, en oposición al trabajo principal de los varones” (Lobato, 2007: 91). Así, cuando le preguntamos a Susana si realizaba algún tipo de actividad que generara ingresos económicos durante el invierno, nos decía:

“Susana:-Sí, sí...pero yo lo hacía porque quería, porque en realidad no era necesario. Porque antiguamente, cuando uno trabajaba en la temporada, con las propinas por ejemplo, uno vivía. El sueldo se guardaba. Uno, con los cuatro meses que se trabajaba... diciembre a marzo...eran cuatro meses...entonces con ese dinero que se ganaba en la temporada, se vivía todo el invierno...”.⁹

Además de percibir un ingreso considerable, este tipo de trabajo les permitía desarrollar otras actividades durante el resto del año. Mientras algunas mujeres se empleaban en otros trabajos, muchas como personal de servicio doméstico, otras se hacían cargo de las tareas del hogar, principalmente aquellas con hijos en edad escolar. Por lo tanto las mujeres que debían cumplir un papel social asignado como madre y de ama de casa optaban -lo que no significa

8 Entrevista a Elsa, noviembre de 2012.

9 Entrevista a Susana, noviembre de 2012.

que quisieran o desearan- por insertarse en el mercado de trabajo tan sólo unos meses. Adelia nos decía:

“Entrevistadora:- Y usted como hacía para conciliar por ejemplo el trabajo que le demandaba la casa...”

Adelia:- Mi mamá, porque yo quedé tan mal [el marido había quebrado económicamente] que tuve que venir a vivir a la casa de mi mamá....

E:- ¿Y los chicos se quedaban con ella...?

A:- En el verano sí....

E:- Y después usted en el invierno... estaba todo el invierno en la casa.

A:- Sí...

[...]

E:- ¿Y si hubiera podido trabajar todo el año le hubiera gustado?

A:-Y, mi mamá me mataba...también me quisieron llevar a Costa...a Puerto Rico, un compañero mío que se hacía unas temporadas terribles... y yo me había entusiasmado y mi mamá me decía "no"... no quiso saber nada... los chicos eran chicos... y, no, aparte el estudio... el colegio...”.¹⁰

En estos casos vemos cómo el argumento principal que prima en la “elección” de un trabajo estacional es la posibilidad de hacerse cargo del trabajo doméstico y de cuidados, sobre todo vinculado a la presencia de hijos en edad escolar. El hecho de “ganar bien” como sostienen todas las entrevistadas, sumado a la cuestión de que sus maridos percibieran ingresos todo el año les permitía, económicamente hablando, alejarse del mercado de trabajo durante el resto del año para permanecer en su hogar.

III. Identidades múltiples y móviles: trabajadoras, amas de casa y madres

¿Cómo juega el trabajo en la construcción de las identidades? En el caso de las trabajadoras estacionales ¿puede construirse una identidad en relación a un trabajo que se desarrolla de modo intermitente? ¿Cómo aparece ello en el marco de las entrevistas? ¿Cómo se definen e identifican a sí mismas estas mujeres? ¿Qué otras experiencias inciden en la construcción de sus identidades?

Las reflexiones en torno a los vínculos existentes entre experiencia e identidad, e identidad y trabajo han sido tópicos recurrentes en la Historia y en otras Ciencias Humanas. Desde nuestra perspectiva, la experiencia es central a la cuestión de la identidad ya se la considere unificada o radicalmente dividida, fragmentada, descentrada y dispersa (Lacapa, 2006). No obstante, debido a la generalidad del término, ninguna definición puede dar cuenta de las múltiples denotaciones y connotaciones que ha adquirido el concepto a lo largo del

10 Entrevista a Adelia, febrero de 2013.

tiempo y en diferentes contextos (Jay, 2009), por lo tanto, previamente al análisis de nuestro caso, debemos esclarecer a qué nos referimos cuando hablamos de *experiencia*.¹¹

Ya en la década del sesenta, el historiador británico Edward P. Thompson utilizó el concepto de experiencia, otorgándole un lugar central en su definición de clase y de identidad. Su noción combinó las ideas de influencia externa y sentir subjetivo, lo estructural y lo psicológico, lo que le proporcionó a Thompson una influencia mediadora entre la estructura social y la conciencia social. La experiencia significaba ‘ser social’, las realidades vividas de la vida social, especialmente los dominios afectivos de la familia y la religión y las dimensiones simbólicas de la expresión. Esta definición separó lo afectivo y lo simbólico de lo económico y racional, concediendo importancia a la dimensión psicológica de la experiencia y permitiendo dar cuenta de la agencia. Para Thompson la experiencia estaba conformada finalmente por relaciones de producción, siendo éste un fenómeno unificador por encima de otras formas de diversidad (Thompson, 1964). Sin embargo, la propuesta de Thompson estaba asentada sobre una historia de hombres y su noción de clase fue construida, en sus orígenes y expresión, como una identidad masculina. A pesar de su presencia, las mujeres son marginales en su análisis y asociadas a la domesticidad, subrayando y señalando la estrecha relación de la clase con los trabajadores varones (Scott, 2008; Steedman, 2009).

Para otros autores, como Joan W. Scott, la experiencia tiene una dimensión discursiva. La autora se pregunta “¿Cómo podemos darle historicidad a la “experiencia”? ¿Cómo podemos escribir acerca de la identidad sin esencializarla?” (Scott, 1999: 64). La autora sostiene que, la apelación a la experiencia como evidencia incontrovertible y como punto originario de la explicación y del análisis, le quita impulso crítico a la historia. La propuesta de Scott es dirigir la atención a los procesos históricos que, a través del discurso, posicionan a los sujetos y producen sus experiencias. Desde su perspectiva, la experiencia, por lo tanto, no es el origen de la explicación ni la evidencia definitiva, sino más bien aquello que se pretende explicar. No son los individuos los que tienen la experiencia, sino los sujetos-y sus identidades- los que son constituidos por medio de la experiencia. Asimismo, estas no son entidades naturales, objetivas o sociales que existen previamente a su invocación por parte de las personas, sino que se constituyen como tales en el proceso mismo de su invocación (Scott, 2006). Leonor Arfuch sostiene que los recursos del lenguaje, la historia y la cultura influyen en el modo en que nos (auto)representamos, somos representados o podríamos representarnos. Por lo tanto, “no hay

11 Los usos y reflexiones en torno al concepto de *experiencia* han suscitado importantes debates que, por razón de extensión y porque trascienden los intereses de esta ponencia, no serán tratados aquí.

entonces identidad por fuera de la representación, es decir, de la narrativización – necesariamente ficcional- de sí mismo, individual o colectivo” (Arfuch, 2002: 24).

En línea con estas propuestas, uno de los objetivos de nuestro trabajo, entonces, es otorgar historicidad a las experiencias de las mujeres empleadas como mucamas de hotel, y recuperar la dimensión narrativa y simbólica, construida en el discurso, de las identidades que éstas producen (Robin, 2002). Partimos de la idea de que “la identidad como fenómeno continuo, coherente e histórico resulta ser una fantasía, una fantasía que borra las divisiones y las discontinuidades, las ausencias y las diferencias que separan a los sujetos en el tiempo” (Scott, 2006:122).

Considerando las experiencias de las trabajadoras ¿qué valoración tenían de su empleo y del trabajo en general? En las entrevistas realizadas, todas manifestaron abiertamente su gusto de realizar el trabajo y las satisfacciones que éste les generó. Excepto Nelly y Elsa, todas manifestaron que no lo hubieran cambiado por otro, incluso habiendo tenido la oportunidad. Aquéllas, sostuvieron que, si bien les gustaba, hubieran preferido poder estudiar más y acceder a otro tipo de empleo. ¿Qué era, específicamente, lo que valoraban de su trabajo? Consuelo, por ejemplo, destacó que le gustaba poder atender bien a los huéspedes y entablar una buena relación con ellos. Lucy, en cambio, privilegió las relaciones sociales que se establecían con sus compañeras de trabajo. El trabajo (o, más precisamente, el empleo) fue considerado como un factor crucial de integración social de los individuos. En estos casos, los relatos avalan lo planteado por Marie Jahoda (1987): el empleo, entre otras cosas, expande el ámbito de las experiencias sociales. Consideramos que, en el caso de las mucamas entrevistadas en particular y, de las mujeres, en general, asociadas tradicionalmente con el ámbito doméstico, este aspecto es más valorado y destacado discursivamente que en el caso de los hombres. Para ellos, es central su presencia en el mundo público y en el mercado laboral, espacios de dónde vienen gran parte de los vínculos y experiencias sociales (Murillo, 1996).

En el relato de Adelia, por su parte, salió a relucir una cuestión similar. Para ella el trabajo no tenía sólo el fin de satisfacer sus necesidades económicas y las de su familia. Cuando se le preguntó sobre qué aspectos de su trabajo consideraba más positivos, Adelia nos dijo: “*Y que vos te independizás, vos te sentís bien...*”.¹² Es decir, no se refirió a las características particulares de su trabajo como mucama de hotel, sino que su reflexión se dirigió al trabajo en general, a las posibilidades que le brindaba y a las sensaciones que le generaba su inserción en el mercado laboral. A pesar de que, como ya mencionamos, la

12 Entrevista a Adelia, febrero de 2013.

primera respuesta a la pregunta sobre por qué trabajaban aludía a las necesidades económicas, el valor que tenía el trabajo para estas mujeres no estaba dado sólo por dichas cuestiones, sino por las posibilidades de desarrollo personal que permitía. Las relaciones con personas ajenas a su ámbito doméstico, ya fueran huéspedes o compañeros de trabajo, son un aspecto destacado en más de una oportunidad.

Sin embargo, encontramos un caso en que esta situación se vive con cierta “culpa”. Cuando le preguntamos a Adelia respecto a la situación laboral de sus familiares nos dijo:

“Entrevistadora:- De su familia... ¿alguna hija o nieta [se empleó como mucama]?

Adelia:- No, ninguna. Porque ellas no querían abandonar la familia... y porque yo la abandoné 20 años...[...]

E:- ¿Usted siente eso por haber trabajado?

A:- Lógico porque yo no tenía franco en todo el verano cuando empecé ahí en... era como en el principio... y hacía cortado, iba y venía...estaba a la noche...estaba con... adicionando arriba para los mozos... también estaba en la recepción... todo dependía de mí...”¹³

Este tipo de análisis en relación a la experiencia, en el que se encuentra muy presente la “culpa”, aparece sólo en el caso citado. En el resto de las entrevistas no se hace ningún tipo de referencia a ello. A modo de hipótesis, podemos sostener que esa percepción se explica por la construcción discursiva, a partir de la experiencia, de una identidad de clase que caracterizaba a cada una de las familias. En términos generales, podemos decir que, en todos los casos, se trataba de familias pertenecientes a sectores populares¹⁴, en las que era esperable que la mujer trabajase. Mirta, por ejemplo, cuando le preguntamos cuáles eran los aspectos que consideraba positivos de su trabajo, nos dio una respuesta mucho más abarcativa: “*El trabajo es lo primordial que uno tiene. Es todo. Si no tenés trabajo, estás lista*”.¹⁵ En cambio, Adeliase identifica con la clase media¹⁶ y, como ella mismo dijo, con un grupo en que se

13 Entrevista a Adelia, febrero de 2013.

14 Utilizamos el término *sectores populares* en el sentido que le asignan Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero. Reconociendo la ambigüedad e imprecisión del término, los autores lo proponen para tomar distancia de la tradición historiográfica que derivaba la existencia de una “clase” de los datos de la estructura productiva, sino que implica un conjunto de prácticas y de representaciones que hacen a la identidad de los actores, en relación con otras identidades. Además, al analizar las identidades sociales y relacionarlas con el conjunto de representaciones simbólicas, discursos, actitudes, valores y sentimientos, este enfoque permite descartar las relaciones mecánicamente establecidas entre “estructuras” y “superestructuras”. Sin embargo, el principal problema sigue siendo que los sujetos de estudio son elusivos, no sólo no puede medirse o pesarse, sino que no pueden definirse con precisión. Ver: Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero, *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*, Sudamericana, Buenos Aires, 1995.

15 Entrevista a Mirta, marzo de 2013.

16 Ezequiel Adamovsky utiliza la categoría clase media para referirse de una construcción identitaria que puede o no coincidir con condiciones socio-ocupacionales determinadas. En

acostumbraba a que la mujer se casara, tuviera hijos y se quedara en la casa. Esta tensión entre sus prácticas y sus deseos, atraviesan constantemente su discurso.

Además de las prácticas sociales de las entrevistadas y el sistema de representaciones que elaboran, debe tenerse en cuenta el marco de una sociedad y de una cultura que las presiona y las limita (Gutiérrez y Romero, 1995). En ese sentido la afirmación del derecho y el deseo a tener un tiempo propio, no absorbido por las tareas domésticas, coexiste con el valor de la entrega a la familia (Criado, 2004). En los otros casos analizados, la legitimidad de su trabajo convive con el valor de madre dedicada a su familia. A la vez que ninguna reniega de su pasado como trabajadora, todas hacen referencia a su papel de madre y a las estrategias que desarrollaban para poder cumplir con el rol socialmente asignado. En el momento en que se indagó sobre cómo se definirían a sí mismas no apareció rápidamente una palabra que las identificara. El hecho de tener que reflexionar en torno a esta cuestión nos habla de la superposición de identidades arraigadas en distintas experiencias sociales. Las transformaciones que vivieron a lo largo de su curso de vida y los diferentes espacios en los que se desarrollaron influyeron en la conformación de identidades múltiples y cambiantes: amas de casa, madres o trabajadoras, aparecen en diferentes momentos del relato y de su vida.

La auto-definición que presentó Lucy de sí misma es interesante para reflexionar en torno a las identidades de género y de clase que atraviesan a los individuos:

“Lucy:- ¿Cómo me definiría? Una mujer normal, que cumple con sus obligaciones que corresponden, como madre, como esposa, como laborante y, bueno, como todo”.¹⁷

¿Qué significa ser una ‘mujer normal’? ¿Cuáles son las ‘obligaciones’ que le ‘corresponden’? ¿Existe una definición unívoca de ‘mujer’? ¿Y de ‘normal’? ¿Todas perciben y vivencian de igual forma sus ‘obligaciones’? Los relatos de las mucamas nos muestran que la ‘normalidad’ o las ‘obligaciones’ varían de acuerdo a una serie de factores. La familia de origen y la que conformaron, los roles que se le han asignado social e históricamente, la construcción de una identidad de clase, influyen en la propia visión que tienen respecto al papel que debían cumplir. Mientras para algunas el hecho de participar en el mercado de trabajo iba en detrimento del buen cumplimiento de sus tareas como amas de casa y madres,

cambio, la categoría sectores medios la utiliza para hacer referencia a aquellos sujetos que poseen ciertas condiciones socio-ocupacionales (profesionales, comerciantes, empresarios, empleados administrativos, docentes, etc.). Ezequiel Adamovsky, *Historia de la clase media Argentina. Apogeo y decadencia de una ilusión, 1919-2003*, Planeta, Buenos Aires, 2009.

¹⁷ Entrevista a Lucy, mayo de 2013.

para otras, el trabajo era experimentado como una obligación más, de igual importancia que las anteriores.

Como sostiene Angela Davis (2005 [1981]) el ‘ama de casa’ remitía a una realidad parcial en la medida en que era un símbolo de la prosperidad económica que disfrutaban las clases medias. En cambio, para las mujeres de sectores populares, el trabajo doméstico no ha sido el eje central de su vida, sino uno más. En el caso de nuestras entrevistadas, el trabajo doméstico y el cuidado de los niños continuaba siendo una de sus responsabilidades, a las que no se le asigna, al menos en términos discursivos, mayor o menor importancia que al resto.¹⁸ Para estas mujeres, el trabajo fuera del hogar se evoca como medio necesario de ascenso social. Para Elsa el trabajo

*“...era la manera de progresar, de tener la casa. Había que hacer lo mismo que tienen que hacer ahora las chicas y los chicos. Arman pareja, tienen que ponerse de acuerdo y seguir adelante los dos, juntos... los dos... Acá no había ni plata tuya, ni mía, toda compartida. El matrimonio es una sociedad anónima. Si los dos socios tiran para el mismo lado, bárbaro. Si va uno para un lado y otro para el otro, sonaste...”*¹⁹

En los relatos de las mujeres puede reconocerse un “patrón clave de la estructura narrativa” (Chanfrault-Duchet en James, 2004: 164). Éste ha sido definido como el elemento “que reproduce en toda la narración una matriz reconocible de conducta que impone una coherencia a la experiencia de la vida del hablante, la coherencia del yo”. El patrón refleja en aspectos fundamentales la relación del narrador con los modelos sociales dominantes y contiene juicios de valor adoptados por el narrador para dar sentido a su vida. En este sentido, el patrón clave en el testimonio de las entrevistadas es la búsqueda de un mejor nivel de vida tanto para ellas como para sus familias.

No obstante, el trabajo no se destaca sólo por su valor económico, sino que es presentado, además, como un espacio de experiencias que, junto a otros, contribuye a la reconstitución de subjetividades e identidades (De la Garza, Toledo, 2000). Marie Jahoda (1987) sostiene que el empleo asigna un status y una identidad en virtud del trabajo que se tiene. Sin embargo, a partir de nuestro análisis, consideramos que no todos los empleos asignan de igual forma un ‘status’ o una identidad y que dicha experiencia no es igual para varones y para mujeres. En las entrevistas ninguna se refirió a sí misma como “mucama”; sólo una se definió en relación al trabajo que realizaba pero en un sentido amplio: “gastronómica”.

18 Cabe aclarar que el tema central sobre el que versaban las entrevistas era el trabajo remunerado. Quizás en otros contextos o en otro tipo de entrevista se destaquen otros aspectos.

19 Entrevista a Elsa, noviembre de 2012.

El resto, se autodefinió como “trabajadora”. Quizás una explicación a ello pueda ser que su trabajo no es uno de los más calificados, jerarquizados y reconocidos a nivel social. En ese sentido, la reflexión de Adelia resulta ilustrativa:

“Entrevistadora:-¿Tuvo algún otro trabajo? Otra vez, ¿O siempre...?”

Adelia:- No, porque me encantó

E:- Le gustó...

A:- Me encantó... la verdad que me encantó... Mi familia no...mi mamá sí, mi papá y mi suegro... mi suegro en las primeras fiestas no... eh... me sacó... decía que eran todas putas [esta última palabra la dice en un tono de voz muy bajo]

E:- No le gustaba su trabajo...

A:- Nooo...No le gustaba...

E:- Su familia tenía una visión... ¿cómo mala del trabajo?

A:- No... Porque antes las mucamas, las telefonistas, todo el mundo viste...era la fama...la fama...

E:- Claro...

A:- Pero uno jerarquiza el trabajo... [...] Es uno el que le da dignidad...”²⁰

Es interesante reflexionar en torno a la última frase de Adelia: ¿por qué es *uno* quién jerarquiza y le da dignidad al trabajo y no *una*? Una posible interpretación puede ser que su discurso, en términos masculinos y no femeninos, refleja un clima ideológico y una cultura del trabajo que jerarquiza la figura del trabajador en masculino, y la presenta como la del trabajador universal, opacando a las trabajadoras mujeres.

Consideraciones finales

Diversos autores han atendido las relaciones entre trabajo e identidad, sosteniendo la idea de que el trabajo es uno de los factores con mayor incidencia en la conformación de las identidades. Sin embargo, creemos que esta lectura está altamente permeada por el modelo de trabajador varón quien, teóricamente, tenía una trayectoria laboral estable y continua desde el momento de ingreso al mercado de trabajo hasta la edad de retiro. La incorporación de las mujeres a los estudios sobre trabajo y el análisis desde una perspectiva de género, obligaron a repensar dichas cuestiones (Steedman, 2009). En el caso de las mujeres, la participación en el mercado laboral no presentaba las mismas características que la de los varones. Tanto los acontecimientos vitales (el casamiento o el nacimiento de los hijos) como la situación económica o los presupuestos sociales y culturales en torno al lugar ocupado por las mujeres en la sociedad y a sus obligaciones, tuvieron una amplia incidencia en el modo en que las mujeres se insertaron en el mercado de trabajo.

²⁰ Entrevista a Adelia, febrero de 2013.

En esta ponencia intentamos mostrar, a partir del análisis de historias de vida de mucamas de hotel, cómo influyó el trabajo estacional en la vida cotidiana de las mujeres, interpretándolo como una posible estrategia de conciliación del trabajo remunerado con el trabajo doméstico. Asimismo, observamos que no sólo las trayectorias laborales tienen incidencia en la construcción de las identidades femeninas sino que otros aspectos resultan de igual importancia. En ese sentido, entrelazar las ideas de experiencia e identidad resultó clave. En los discursos de nuestras entrevistadas advertimos que las experiencias sobre las que se construyó su identidad no estaban únicamente vinculadas a su trabajo. Las experiencias relativas al trabajo doméstico y a su papel como ama de casa, así como su lugar de esposa y de madre dentro de las familias, no resultaron factores menores.

Entendemos que, en el caso de las mucamas de hotel, el carácter de trabajo estacional así como su escaso reconocimiento social pueden haber incidido en la forma en que se presentaron ante sí mismas y ante otros. Ninguna de las trabajadoras se definió como “mucama de hotel”, sino que su auto-identificación combinó diferentes aspectos asentados sobre variadas experiencias. Estas variaciones se hacían presentes no sólo en diferentes momentos de sus relatos sino que también referían a distintos momentos de sus ciclos vitales, abonando la idea de Joan Scott de que las identidades presentan discontinuidades y que están en constante formación y transformación.

Bibliografía

- Adamovsky, E.; *Historia de la clase media Argentina. Apogeo y decadencia de una ilusión, 1919-2003*, Planeta, Buenos Aires, 2009.
- Arfuch, L.; “Problemáticas de la identidad”, en Leonor Arfuch (comp.), *Identidades, sujetos y subjetividades*, Prometeo, Buenos Aires, 2002.
- Barrère-Maurisson, M.; *La división familiar del trabajo. La vida doble*, Trabajo y Sociedad, Buenos Aires, 1999.
- Bourdieu, P.; *La nobleza de estado. Educación de elite y espíritu de cuerpo*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2013.
- Criado, E.; “El valor de la buena madre. Oficio de ama de casa, alimentación y salud entre las mujeres de clases populares”, en *Revista Española de Sociología*, 4(2), 2004.
- Dauphin, C. y Gardney, D.; “Introducción”, en Jaqueline Laufer, Catherine Marry y Margaret Maruani (eds.), *El trabajo del género. Las ciencias sociales ante el reto de las diferencias de sexo*, Germania, Valencia, 2005.
- Davis, A.; “El trabajo doméstico toca su fin: una perspectiva de clase”, en *Mujeres, raza y clase*, Akal, Madrid, 2005 [1981].
- de Barbieri, T.; “Sobre la categoría género. Una introducción teórico-metodológica”, en *Revista Interamericana de Sociología*, Vol. 6, 1992.
- De la Garza Toledo, E. (coord.); *Tratado latinoamericano de sociología del trabajo*, FCE, México, 2000.
- Garazi, D.; “*Experiencias de un trabajo femenino: Mucamas de Hotel y Trabajos Domésticos. Mar del Plata, 1960-1980*”. Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad Nacional de Mar del Plata, Facultad de Humanidades, 2013
- Garazi, D.; “Mujeres y trabajo urbano. El caso de las mucamas de hotel (Mar del Plata, 1960-1980)”. Enviado a *Estudios sociales contemporáneos* (en evaluación), 2014.
- Gutiérrez L. y Romero, L.A.; *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*, Sudamericana, Buenos Aires, 1995.
- Jahoda, M.; *Empleo y desempleo: Un análisis socio-psicológico*, Morata, Madrid, 1987.
- James, D.; *Doña María. Historia de vida, memoria e identidad política*, Manantial, Buenos Aires, 2004.
- Jay, M. *Cantos de experiencia. Variaciones modernas sobre un tema universal*. Paidós, Buenos Aires, 2009.
- Lacapa, D. *Historia en tránsito. Experiencia, identidad, teoría crítica*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2006.
- Lamas, M.; “Cuerpo: diferencia sexual y género”, en *Debate feminista*, 1994.

- Laufer, J., Marry, C. y Maruani, M. (eds.); *El trabajo del género. Las ciencias sociales ante el reto de las diferencias de sexo*, Germania, Valencia, 2005.
- Lobato, M.; *Historia de las trabajadoras en la Argentina (1869-1960)*, Edhasa, Buenos Aires, 2007.
- Murillo, S. *El mito de la vida privada. De la entrega al tiempo propio*, Siglo XXI, Madrid, 1996.
- Nari, M.; *Políticas de maternidad y maternalismo político. Buenos Aires, 1890-1940*, Biblos, Buenos Aires, 2004.
- Navarro M. y Wainerman, C.; “El trabajo de las mujeres: un análisis preliminar de las ideas dominantes en las primeras décadas del siglo XX”, en *Cuadernos del CENEP* N°7, 1979.
- Pastoriza, E.; “Estado, gremios y hoteles. Mar del Plata y el peronismo”, en *Estudios sociales*, N° 34, primer semestre 2008.
- Queirolo, G.; “El trabajo femenino en la ciudad de Buenos Aires (1890-1940): una revisión historiográfica”, en *Temas de Mujeres*, Revista del CEHIM, Año 1, N° 1, Universidad Nacional de Tucumán, 2004.
- Recchini de Lattes, Z. y Wainerman, C.; “El empleo femenino y desarrollo económico: algunas evidencias”, en *Desarrollo económico*, Vol. 17, N° 66, 1977.
- Robin, R.; “La autoficción. El sujeto siempre en falta”, en Leonor Arfuch (comp.), *Identidades, sujetos y subjetividades*, Prometeo, Buenos Aires, 2002.
- Scott, J.; “El eco de la fantasía: la historia y la construcción de la identidad”, en *Ayer*, 2006.
- Scott, J.; “El género: una categoría útil para el análisis histórico”, en Marysa Navarro y Catharine Stimpson (comp.), *Sexualidad, género y roles sexuales*, FCE, Buenos Aires, 1999.
- Scott, J.; “Las mujeres en *La formación de la clase obrera en Inglaterra*”, en Joan Scott, *Género e Historia*, FCE, México, 2008.
- Scott, J.; “La mujer trabajadora en el siglo XIX”, en George Duby y Michelle Perrot (dir.), *Historia de las mujeres. El siglo XIX*, Taurus, Madrid, 2000.
- Steedman, C.; *Labours Lost. Domestic Service and the Making of the Modern England*. Cambridge, Cambridge University Press, 2009.
- Thompson, E. P., *Making of the English Working Class*, New York, Pantheon Books, 1964.
- Torrado, S.; *Historia de la Familia en la Argentina Moderna (1870-2000)*, La Flor, Buenos Aires, 2003.
- Wainerman, C.; *La vida cotidiana en las nuevas familias ¿Una revolución estancada?*, Lumiere, Buenos Aires, 2005.
- Zylberberg-Hocquard, M. H.; “Historia y división sexual del trabajo. La obrera”, en Helena Hirata y Danièle Kergoat, *La división sexual del trabajo. Permanencia y cambio*, Asociación Trabajo y Sociedad-PIETTE, Buenos Aires, 1997.